

EL DÍA FIJADO.

25 DE DICIEMBRE DE 1939- ELINA.

Llamo a la puerta y cuando abren, me topo de frente con Datiel, un joven de color aceituna, ojos grisáceos y profundos, talle robusto y pelo corto, de color térreo. Me invita a pasar a un salón, un lugar pobre en lo que a la decoración se refiere, ya que contiene únicamente un sofá descuidado, unas sillas rotas y una pequeña mesita en el centro. En él, se encuentran el resto de mis amigos: Ikssa, de melena lacia, color noche y ojos marrones, similares al barro después de una ligera llovizna; Laila, su hermana pequeña, de sonrisa radiante y ojos saltones, como la niebla de invierno; Gabi, chico delicado, pero robusto, de cabello largo y ojos verdes, cual esmeralda; y Reuben, un joven de iris azul, como el mar, pelo rubio, cual trigo en verano, extremadamente alto y de piel pálida, más parecida a la de un alemán de raza pura que a la de un judío, siendo esta última su verdadera religión, al igual que la del resto de los componentes de la sala.

Nos habíamos reunido todos para celebrar la Navidad, festividad que la gente con nuestras creencias no solía pregonar, pero debido de la curiosidad que sentíamos, no habíamos podido evitar festejarla. No teníamos exactamente claro cómo hacerlo, pero allí estábamos todos, con un pavo sobre la mesa rodeado de velas y todo perfectamente preparado y dispuesto para el comienzo de la cena. El tema principal que abordamos es la incipiente guerra que está teniendo lugar en Alemania, nuestro país de residencia, y en la mayoría de las naciones vecinas. Durante la conversación, consigo entreoír que, al parecer, los alemanes están tratando de acabar con la gente cuya apariencia no es como la suya, pero ninguno de nosotros se lo llega a creer del todo. Cuando llego a casa, me meto en la cama después de darles las buenas noches a mis padres. Una vez allí, me dispongo a recordar los acontecimientos que han tenido lugar, cómo nos hemos divertido y lo bien que lo hemos pasado; al final de la fiesta todos hemos acordado repetirlo el año que viene. Poco a poco, entre mis pensamientos sobre las preparaciones de la siguiente celebración cristiana, se cuele el sueño y caigo rendida en escasos minutos.

25 DE DICIEMBRE DE 1940- IKSSA.

Cuando entramos en la sala, reina el mutismo. La gente está aterrorizada, no se oye ni un solo ruido ya que todos permanecemos en silencio por miedo a las consecuencias. No se ve prácticamente nada, pero entre la penumbra, consigo agarrar la mano de mi hermana Laila, arrastrarla hasta una esquina y sentarnos en el suelo para evitar morir aplastadas por los forcejeos de la gente, que al cabo de unos minutos, comienza a impacientarse e intenta hallar una forma de salir o de crear una vía de escape para la irremediable situación en la que nos encontramos. El frío de los azulejos, que recubren las paredes y el suelo donde me apoyo, se cala en mis huesos. De pronto, un olor a almendras amargas nos inunda y poco a poco, un pequeño escozor se va instalando en mi pecho. Comienzan a caer muertos los primeros adultos y es entonces cuando el caos se apodera de todos; los niños rompen a llorar, los más valientes piden clemencia y el resto, grita simplemente para tratar de calmar sus miedos. Yo intento mantener la tranquilidad y este sentimiento a mi hermana, quien ha comenzado a llorar desconsoladamente.

- Feliz Navidad, Laila.- De pronto, su llanto cesa, esboza una tímida sonrisa y me abraza. Continuamos estrechándonos la una a la otra, a pesar del dolor que se va apoderando poco a poco y sin piedad de nuestros pesados e inmóviles cuerpos. Noto como la vida se me escapa entre los dedos, pero no le doy importancia, porque tengo al ser que más quiero a mi lado. Y así, en esta posición, entre cientos de personas clamando ayuda y otros cientos de cuerpos sin vida, nos unimos Laila y yo a este último grupo, felices de poder estar juntas.

25 DE DICIEMBRE DE 1941- GABI.

Me despierto tarde y veo por la ventana los copos caer; es Navidad, aquella fiesta, que un día celebré con mis amigos, esos que hace mucho tiempo que no veo y que quizás no vuelva a ver. El recuerdo de Ikssa y de Laila estará siempre en mí; eran dos personas maravillosas y me apené mucho cuando me enteré de su muerte. Sé que Reuben trató personalmente de evitarlo, ya que gracias a su apariencia se hizo pasar por un alemán, se alistó en el ejército nazi e hizo todo lo posible por salvarlas, pero todos sus esfuerzos resultaron en balde.

Por la mañana, estoy solo en la casa de campo que Reuben me alquiló para tratar de esconderme de las redadas de los soldados; fue un gran favor por su parte y me siento muy agradecido. Como solo, al igual que el resto de los días. Por la tarde, me pongo todas las capas de ropa que puedo. Por una parte, por el extremo frío que hace, por otra, porque no quiero que nadie me reconozca, ni identifique mi lugar de procedencia. Me monto en mi coche rumbo a la ciudad donde Nahliel me espera. Es judío, como yo, y llevamos un tiempo viéndonos en secreto, ya que el está casado.

Una vez llego a mi destino, me dirijo al café donde nos solemos encontrar y entro; me siento en la mesa de siempre. El local está decorado con motivos navideños. De fondo, se escucha *Stille Nacht, heilige Nacht (Noche de Paz)*. De pronto, Nahliel entra por la puerta con una sonrisa enorme y se sienta en frente de mí. Cuando hemos terminado la cerveza, salimos y nos metemos en mi coche. Conduzco hasta la finca y aparco en un hueco que hay sin nieve. Justo en el momento en el que introduzco la llave en la cerradura para abrir la puerta, esta lo hace sola, dejándome separado de unos soldados nazis, completamente armados, por apenas medio metro de distancia. Nos agarran a los dos, cada uno por un brazo y nos conducen hasta la pared trasera de la casa. Nos ponen a ambos mirando hacia ellos y nos obligan a confesar nuestra religión. Ni Nahliel ni yo declaramos nada, simplemente nos damos la mano. Los soldados se colocan delante de nosotros y nos apuntan con sus armas. A los pocos segundos, todos disparan, dejando que las balas terminen su misión.

25 DE DICIEMBRE DE 1942- REUBEN.

Despierto entre sudores fríos y gritando otro día más. Las pesadillas han vuelto a dejarme desolado. Llevo dos años enteros, exactamente setecientos treinta jornadas sin poder dormir. Sé que lo que hice, lo hice porque era mi obligación; debía delatar a todos los judíos que conociese. Las primeras fueron las hermanas Ikssa y Laila; simplemente tuve que informar de dónde se encontraban y fui yo el que ordené que las metieran en la cámara de gas el día anterior a su muerte. Tampoco me costó mucho convencer a Gabi que había hecho todo lo posible por tratar de salvarlas y llevarle a vivir a la casa que más tarde, exactamente hoy hace un año, llenaría con soldados con el único objetivo de exterminar a mi amigo judío y a su novio, ambos homosexuales.ç

Aún no estoy satisfecho, sigue habiendo judíos sueltos por el mundo. Yo ya no me considero uno de ellos. Si no soy como ellos, es porque fui creado para cambiar el mundo y destruirlos.

Me levanto y mi día comienza con ganas de exterminar a la gente cuya raza no sea la alemana pura. Para mí, esas personas no tienen derecho a la vida; maldigo el día en que cené por última vez con cinco de ellos. Por eso, detesto la Navidad, porque me recuerdan mis malas obras y lo que hice en el pasado. Es esa la razón por la que hoy morirán miles de ellos.

25 DE DICIEMBRE DE 1943- DATIEL.

Hoy es Navidad y Elina lo volverá a pasar mal; esta es una fecha marcada para ella. Hace cuatro años que vio a sus amigos por última vez; tres, que dos de ellas murieron asfixiadas; y dos, desde que fusilaron a Gabi; afortunadamente, Reuben sigue con vida. Quiero hacer que vuelva a disfrutar de este día tanto como la vez que cenamos todos juntos. Me dirijo a su habitación y descorro las cortinas. Los rayos de luz del tímido sol de invierno se cuelan por la ventana y se reflejan en las motas de polvo, que vuelan por el aire, al son de un vals invisible que solo ellas escuchan, creando una atmósfera acogedora, perfecta para los hechos que están a punto de producirse. Me siento en la cama al lado de su delicado cuerpecito y le aparto los mechones cobrizos de su rostro, mientras abre lentamente esos ojos verdes, que me enamoran cada día. Me aparto un poco; la dejo respirar y estirarse con tranquilidad, mientras me dirijo al armario, donde cojo una pequeña cajita para volver a acercarme a ella. Me arrodillo y la abro con cuidado para dejar al descubierto el delicado anillo dorado con una pequeña piedra en la parte superior.

- Feliz Navidad Elina. Sé que hoy no es tu día favorito desde hace mucho tiempo, pero me gustaría que volviera a serlo. Por ello, he elegido esta fecha para preguntarte, ¿quieres casarte conmigo?- se queda callada, la he sorprendido, como esperaba. Llevamos siete años juntos, tres viviendo en la misma casa, pero de todas formas, sé que es algo que no se le ha pasado por la cabeza en ningún momento.

- Sí, claro que quiero- por un segundo, pensé que no iba a querer, pero al parecer todo va como corresponde. Desayunamos juntos y después damos un paseo por los alrededores de la casa. El día transcurre de maravilla hasta que a las seis de la tarde recibimos una llamada de Reuben, en la que nos alerta de que varios soldados se dirigen a nuestra casa para hacer una redada. También nos indica que debemos ocultarnos en el pequeño granero, ya que es el único sitio en el que no mirarán. Pero a pesar de sus recomendaciones, Elina no se deja convencer. Llegada la hora de escondernos, nos dirigimos a la buhardilla y esperamos pacientemente. Desde la pequeña ventanita del desván, observamos asombrados como los soldados nazis llegan y se dirigen directamente hasta el granero, al que sin pensárselo dos veces, prenden fuego para después marcharse, sin mirar atrás. Solo hay una explicación, Reuben nos ha delatado. Él fue quien nos recomendó que nos guardásemos ahí y de no ser por la fabulosa manía de Elina de llevar la contraria a todo el mundo, ahora estaríamos muertos.

25 DE DICIEMBRE DE 1949- ELINA.

Por fin ha llegado la Navidad. Este día me trae tanto malos como buenos recuerdos, pero prefiero quedarme solo con estos últimos. Nuestros invitados esperan a que bendigamos la mesa para empezar a cenar y a hablar de cosas triviales. Cuando acabamos, nos sentamos alrededor del fuego y contamos la historia de todos los años: una en la que una pareja consigue sobrevivir a la guerra mudándose a otro país y dejando atrás a muchos de sus seres queridos. Todo el mundo escucha atento los detalles de la huida, de cómo rehicieron su vida y de cómo, tras el sufrimiento, se dedicaron a ayudar a familias a salir de Alemania y demás países antisemitas, para conseguir salvar cientos de vidas, tanto de adultos, como de niños, ya que ninguno de los dos quería que nadie más tuviese que pasar por la pérdida de tantas personas queridas, como les había pasado a ellos.

Al final de la historia, nuestros amigos judíos nos agradecen nuestra hospitalidad y se quedan bastante aturdidos debido a la narración de los hechos que ha contado mi marido. No se imaginan que hasta el más mísero detalle en ella es real.